



S. AGUADO-ANDREUT

# Ensayos e Intenciones en el Campo de las Lenguas Modernas

A la memoria de Karl Vossler y Amado Alonso.

EL PROFESOR DE LENGUAS Y SU MUNDO:

Con todo y tener para sí Filósofos, Historiadores, Sociólogos, Pedagogos, etc., el orgulloso afán de ser únicos en cuanto toca a la interpretación de nuestro estar viviendo –nuestro aquí y nuestro ahora transitorios–, les es difícil apartar la presencia del Profesor de Lenguas. Si, alguna vez, intentaron barajarnos la pretensión, el intento quedó en zona fallida.

Porque, ¿quién no pregunta por su circunstancia? ¿Quién, sin ser Filósofo, Historiador, Pedagogo, Sociólogo, etc., calla en nuestro tiempo? A quienes piensan en la serenidad –la desgastada *sophrosine*– les diremos que no nos es dada; la empleamos, con nuestro nuevo caudal de significaciones, como otros la inventaron: para recurso. Vive en la posibilidad: es posibilidad. Sola, la serenidad es casi una oración interrogativa y, como este tipo de oraciones, –oraciones de épocas maduras–, es una lanzada al futuro: nuestra angustia de “preguntar qué es buscar”. Metidos en nuestro presente –con su carga de pasado– lo trasudamos. El profesor de Lenguas [clásicas, modernas, semíticas, indoeuropeas, etc.], usa de una experiencia poco frecuente en otras faenas de nuestra vida intelectual, presente o pretérita: sabe de ese “transudar lo vivido”.



Por ello, la responsabilidad –por qué no usar de este término tan juguetón entre moralistas, políticos y juristas– que pesa sobre el Maestro de Lenguas, propias o ajenas, es amarga y dura. Si algunos han olvidado o esquivan esta verdad, no podrán escapar a su presencia. Nos grita cada día: en la clase, en la calle, en el despacho, en la lectura... Taparse los oídos no es ignorarla, es querer no oírla.

El Profesor de Lenguas, propias o extrañas, pasadas o presentes, nota, por la palabra –aislada como frase o en frase, lo que está ocurriendo. Hoy, nos es dable sentir los momentos graves de nuestra pasada Historia o de la que estamos haciendo, por el palpar idiomático mucho más que por el arrebato, angustia o ajetreo belicoso en un momento dado de la Historia, contada por un historiador o intuida de un monumento. Cuando podemos perseguir un suceder idiomático [Cf. las diferencias formales en las obras de Aristóteles; las Guerras del Peloponeso en Tucídides; las Confesiones de San Agustín de cara a las Epístolas; los Anales de Tácito frente a las Historias; la 1a. frente a la 3a. parte del Mío Cid; el Goetz de Berlinchingen y la 2ª. parte de Fausto; el Cántico de 1928 y el de 1950, de Jorge Guillén; las frases o locuciones referidas como válidas de una situación histórica –caso César, Luis XIV, Goethe...–, y el ambiente idiomático... todo ello con método de Lengua y no de Literatura], en el pasado o en el cuasi-pasado –referido a Lengua, si es posible, o a Habla–, miramos y por tanto vemos con más luz el paisaje histórico; Jaeger, en cuanto a Grecia; H. Ureña y A. Alonso, en lo tocante a Latinoamérica; Bataillon, en cuanto a los siglos XVI y XVII,

Vossler, en cuanto a Francia y Américo Castro, para la España Medieval, son lecciones que no podemos descuidar, aunque algunos resultados no nos satisfagan.

Hemos dicho sentir y notar. Aquellos que se dedican a la enseñanza de Lenguas necesitan de un sentir y un notar: en las provincias de las mal llamadas Gramáticas Históricas o en las reducidas regiones de la Gramática Actual. Ya que nuestra circunstancia, merced a la obra didáctica de un Profesor de Lenguas, también en otras disciplinas, puede ser puesta a los pies de tentativas peligrosas y crueles: tergiversada; puede aniquilar el inmenso edificio de nuestra Historia, que es el Hombre: libre, honrado, responsable, lleno de vida y de espíritu. Condiciones y fundamentos que un materialismo voraz y político intenta desacreditar, primero, para destruir, después.

## II

### EL PROFESOR DE LENGUAS EN LA ENSEÑANZA:

Urgentes necesidades de nuestra circunstancia han deformado la función docente del Profesor de Lenguas modernas. Felizmente, esto no ha ocurrido en el desenvolvimiento de las lenguas clásicas, aunque éstas han cedido bastante en cuanto a presencia, en la vida educativa de nuestro hombre actual.

No queremos hacer común ese principio enunciado, mas trata de hacerse él de por sí. La “utilidad” –el “para esto”, “con este fin”, “a fin de que”, “para que”...–, egoístamente nutrida, ha



fortalecido el egoísmo del hombre. Encerrados en nuestra actualidad, creemos haber roto relaciones con el pasado. Y cuán engañosa es esta actitud: no se rompe amarras con el tiempo sido cuando se desea o se tiene ganas, ora por deseo propio, ora por imposición extraña. La palabra –como frase o en la frase– lleva la carga de comunidades, experiencias, tentativas, fracasos, logros, equívocos, pasados: llenos de lejanía o de proximidad. Es la sangre que circula por nuestro cuerpo presente: vaciarlo de ella sería nuestro morir.

Aquella urgencia, provisional en su comienzo, ha devenido cotidiana. De aquí la deformación que anunciamos. El Profesor de Lenguas Modernas [Cf. Los métodos Berlitz, Linguaphone, las Escuelas de Comercio, Academias para la enseñanza de idiomas, los bárbaros títulos de algunos textos, como “Inglés básico”, “Francés elemental”, etc.], está encerrado en un círculo vicioso: a la manera de Fausto, él mismo se lo ha trazado. Pues, da la forma –como cascarilla– mas no el espíritu. Si algunas Universidades, también otros Establecimientos de Enseñanza, escapan a este peligro, no por ello el mal deja de existir y ser agobiador.

Sabemos, la experiencia está a nuestro lado, que la comunidad reclama para cubrir una de sus muchas necesidades hombres que posean conocimientos de Lenguas. Los que han pasado por esta experiencia ¿poseen la lengua o lenguas que aprendieron? ¿Qué es aprender una lengua? ¿Qué es poseer una lengua? Sabemos que el hablante a duras penas mueve el sistema de la lengua, de las llamadas maternas.

¿Hasta dónde el hablante penetra en una lengua adquirida, en el bilingüismo culto? Poseen sus formas estereotipadas –así las recibe en la clase o en el texto, con sus prejuicios de lo correcto y lo incorrecto–, frías y entecas ¿le abre las puertas para penetrar en el pensamiento idiomático ajeno?

No. El útil de trabajo –aquí es el caso de la lengua adquirida– realiza su débil papel de empleo: “la comunicación inmediata”, el “entender” lo circundante –en aparente entender–, el “traducir” o traicionar... es la aguja que cose, la lezna que penetra en el cáñamo hecho cuerda, el pedal que hace girar la rueda, la máquina que escribe...pero, nunca el Hombre que cose con la aguja, que emplea la lezna, que mueve el pedal, que escribe con la máquina...

¿Y qué decir del aprendizaje teórico de la lengua maternal? Un recorrido, valga la imagen, al través de los textos escolares, muestra un espectáculo desolador.

Si la comunidad reclama el conocimiento de lenguas ajenas para cubrir sus necesidades comerciales, políticas, culturales o de simple relación, no obligue, por ello, a deformar el destino –su notar y su sentir– de la enseñanza de las lenguas.

Si la comunidad, en otro derrotero, impone el conocimiento teórico del idioma, propio como cimiento para defensa de lo “nacional”, no, por ello, da métodos o normas.



En una circunstancia y en otra –lengua ajena o propia– los métodos han de surgir del Profesor, quien, miembro de la comunidad, tiene la santa obligación de defenderla: es decir, rechazar, por siempre, los llamados fáciles procedimientos para aprender una lengua o aquellos otros que se anuncian con el estribillo de “sans peine”... que, en el transcurrir del tiempo, crean prejuicios mentales y destruyen el equilibrio lingüístico –su ser y su estar siendo: diacronía y sincronía en fuerte abrazo– y significa “liquidar” nuestro vivir: como haber sido, como estar siendo y como haber de ser.

### III

#### CUESTIÓN DE MÉTODOS:

La historia de la “paideia” para las lenguas está preñada de ejemplos. La Historia de la Filología –clásica o nacional– así como la Historia de la Lingüística es un abonado campo de aciertos y errores. No queremos decir con ello que el Profesor de Lenguas modernas haya, por fuerza, de ser un Lingüista o un Filólogo, pero damos a entender que no debe ignorar tales disciplinas. Si se encierra en los casilleros –estrechos y vulnerables– de su Gramática, será un hombre perdido para sí y para sus alumnos.

La simple nomenclatura gramatical es ya, desde su fondo “histórico-etimológico”, un camino desbrozado para el error: un sendero fácil para el engaño.

Advierte P. Kretschmer:

*“Es un axioma evidente que todos cuantos operan científicamente con órganos idiomáticos, que la tradición ha conservado, deben poseer un concepto adecuado acerca de la naturaleza del lenguaje y de los hechos lingüísticos. Desde el punto de vista de la lingüística nunca se insistirá bastante en que esto precisamente, y no el método comparativo, constituye el supuesto fundamental para toda clase de investigaciones sobre el lenguaje”.*

Y esta advertencia, por creerla dirigida sólo a las investigaciones científicas, se olvida, con ingenuidad.

Hay otros olvidos, por las mismas equívocas razones: el “Hablante” –como hombre que habla o escribe–, es decir, el Habla [=la parola=sprechen]; el Sistema, como historia y como evolución, simultáneamente [=la langue= die Sprache]; lo conceptual, lo afectivo y lo imaginativo en el Habla; la “pre-expresión”; la “creación”; la “re-creación”; la “imitación”; la “intuición”, la “contaminación” –fonética, morfológica y sintáctica–; el paso o traslado de una “forma común” a expresión literaria –poética, diríamos mejor–, la “gramaticalización”; la “limitación semasiológica”, la descarga afectiva sobre términos gastados; el recurso ocasional de frases, en desuso, que reciben el impacto de una nueva existencia; el “arcaísmo”...

El uso de algunos métodos filológicos, lingüísticos, que no la Filología o la Lingüística, o estilísticos –me refiero a la nueva “estilística” – en las clases de Gramática nacional o extranjera, daría vigencia a un “estado de vida” que se nos consume:



abriría a nuestro “pensamiento idiomático” senderos ignorados y aportaría sostén al edificio de nuestra cultura, de nuestra vida y de nuestro porvenir.

a) El territorio de la pronunciación

¿A dónde desembocamos cuando hemos adquirido, según se dice, una “buena pronunciación” de un idioma? ¿Qué consigue el Profesor que consume horas en “buscar una pronunciación adecuada”, por medio de ejemplos aislados? Sin desearlo, se está moviendo en un ambiente “utilitario” pero vacío de espíritu.

Mas, si la exposición fonética va acompañada de una descarga “cuasi-histórica”, con sencillez, el oyente perfila en su mundo interior el correr de los sonidos y distinguirá la grafía –recurso pobre– del sonido. Tendrá un agujero por donde penetrar en la “poesía” de los sonidos. Comprenderá que la ortografía es una “circunstancia” de la Gramática, que no de la Lengua. Y habrá ingresado, sin notarlo, en la vida fonética y fonológica del sistema lingüístico. Las mutaciones consonánticas, los cambios vocálicos, la persistencia de algunos sonidos, los arcaísmos, las contaminaciones... todo ello volverá a repetirse en la morfología y en la sintaxis: esa pseudoclasificación de los gramáticos.

El Profesor de Lenguas clásicas o grupos indoeuropeos o semíticos, conoce de esta “táctica”. Le es fácil moverse en las comparaciones:

Piscis [lat.]=Fisch [alem.]

Pater [lat.] =Pitar [sansk.] = Vater [alem.] = Father [ingl.] = padre [cast.];

en el sustrato, posible; en los préstamos; en el superestrato; en la toponimia; en la onomástica... Y el Profesor de Lenguas modernas, si no ha de llegar a tan admirable extremo, también puede hacerlo.

b) El territorio de la Morfología

Desde el artículo –en aquellas lenguas que lo tienen– hasta el adverbio, el Maestro de Lenguas modernas tiene a su alcance un mundo de realización o de ruina; radica todo en su táctica de trabajo: su notar y sentir, hecho notar y sentir en otros.

Veamos:

¿Es indiferente el empleo o ausencia del artículo? ¿Es accidental la repetición del indefinido “uno, una, unos”, –algunos gramáticos le siguen llamando artículo– en las enumeraciones, en castellano, o podemos contentar nuestra conciencia didáctica al decir que es “incorrecto” o al anunciar que es producto de una corriente anglosajona? La tergiversación de algunos tiempos verbales [“he tenido” por “tuve”, o al revés; “tengo que hacer” por “hare”; “j’ai parlé” por “je parlai”; “avevo avuto” por “ebbi”; “fugísi” por “ai fugit”...] ¿son casuales, por “simple economía idiomática” o hay algo por debajo de lo aparentemente expuesto que urge aclarar? El empleo de los pronombres personales, en



castellano, en función de sujeto, ¿cumple sólo esa función [Cf. “yo te digo” frente a “te digo”; también en francés, “je te le donne” frente a “moi, je te le donne” o je te le donne, moi]”? ¿Es el sustantivo una palabra cargada de significación con vida propia y es representativa del mundo real [Cf. “Pedro es presidente” de cara a “el presidente dijo”; “me voy de paseo” y “qué hermoso paseo”...]? ¿Es indiferente un adjetivo pospuesto o prepuesto [Cf. “mesa blanca” y “blanca mesa”], en aquellas lenguas que viven en esta alternancia? ¿Podemos estar satisfechos con dar reglas para el correcto empleo de los “gerundios”, en castellano, y olvidar que el gerundio es una masa idiomática cargada de lentitud, de “demora”, como dice A. Alonso? ¿Y qué necesidad de ocultar, por exceso de escrúpulo gramatical, formas como “ir + adjetivo” frente a “ir + gerundio”? ¿Podemos enumerar las preposiciones e indicar su régimen y, por el contrario, descuidar su período de “gramaticalización”? ¿Debemos evitar el anuncio cuidadoso del “aspecto” en las lenguas eslavas o simplemente “decirlo” y presentar sus “características aspectuales”, sin hacer notar y sentir su mundo de posibilidades? ¿Permanecerá tranquilo el Profesor de Lenguas que ha “mostrado” las irregularidades de un sistema, con el conocido estribillo de “esto es una forma anómala” [Cf. “ser”, “era”, “fue”, “es”, “voy”, “iré”; “verstehen”, “verstanden”; “dir-é”, “comeré”...]? ¿Es acaso una explicación correcta comunicar al alumno que el tiempo verbal llamado “copretérito” tiene dos formas en castellano: una en “-aba” y otra en “-ía”? ¿No es una incongruencia anunciar que el “pronombre sustituye al nombre”, por un equívoco entre “etimología” de una palabra –en este caso

“pronombre” – y su realidad lingüística?

¿Qué mundo de explicaciones culturales no presenta el tiempo “futuro” en todas las lenguas indoeuropeas [Cf. “werden... haben” (alem.); “I shall push” o “I will push” (ing.); “mui prochitaiem schetu knigu” (rus.) “pomalu dálujdés” (chec.); “sentir-ó” (ital.); “vom audi” (ruman.) “comer-é” (castell.)]?

abriría a nuestro “pensamiento idiomático” senderos ignorados y aportaría sostén al edificio de nuestra cultura, de nuestra vida y de nuestro porvenir.

Las preguntas se amontonan. Todas ellas llevan consigo la respuesta. Y no se piense nunca que las tratamos como a categorías aisladas; pensamos en el todo: en la proposición.

### c) El territorio del vocabulario

Escabroso terreno es éste. Viejas tendencias didácticas persisten, aun hoy, tanto en el Profesor de Lenguas modernas como en especialistas de la Filología y la Lingüística. Un exceso de “lógica” ha reducido la interpretación de la vida de la lengua. Claro está que en lo teórico: pero la “aprehensión” teórica ha engendrado desastrosos prejuicios para la clara visión del problema y ha proporcionado y proporciona peligrosos estados de conciencia idiomática.

El “gramático” moderno –de lenguas propias o ajenas– ha olvidado que la enseñanza de la “palabra aislada” es una “abstracción”, con fines didácticos: es un recurso. Pero un recurso tan provisional, que de inmediato –antes que cale



en la mente del alumno— ha de ser eliminado del panorama expositivo, a fin que no deje reminiscencias. Repetir con insistencia, en la clase, que las llamadas “partes de la oración o del discurso” no están, sino que se estrujan así para estudiarlas, es uno de los métodos que el gramático ha de tener siempre presente. lengua, de las llamadas maternas.

A un tiempo, el Profesor de Lenguas modernas, tiene una “misión” importante, inesperada —claro que no en cuanto a la palabra aislada, sino en cuanto a la palabra en la proposición—: coleccionar las llamadas “regulaciones de usos” y “análisis de contenidos”, en su actualidad. Esta “colección” es un material esperado por el lingüista para realizar el “estudio histórico”. Por este camino el tema “vocabulario” enriquece la “paideia” del Profesor y le da sentido y destino.

Desde hace unos años, posturas políticas —ajenas a nuestro sentir y a nuestro pensar— han elaborado un “vocabulario” fijo, “mineralizado”. Trastocar un acento, una sílaba, alterar una significación o malinterpretarla es un pecado mortal. Si estas formas vivieren en su localidad, reducidas a su medio, no vendrían al caso. Mas, estos “formalismos”, han penetrado todas las comunidades lingüísticas y se desarrollan con holgura. Cargadas de “economía” —son fáciles de emplear y amoldables a cualquier circunstancia— evitan al hablante moverse con soltura. La Historia de las Lenguas no conoce circunstancia semejante: estrechez igual.

Aquí tiene el Profesor de Lenguas modernas —y qué decir del Profesor de Literatura Moderna— un “paciente” a observar. Perseguir los lugares de “entrada”, de “asentamiento”, los “tartamudeos”, dentro de ciertas comunidades, la “repulsión” o la “aceptación” en otros, los desastres que provoca en la vida de la comunidad, el abandono a que somete a otros “términos” —piénsese siempre en la oración— y, como resultado, las grietas que realiza en los cimientos espirituales, valga la imagen.

d) En el territorio de la Sintaxis:

Necesitaríamos repetir todo cuanto hemos referido a otros “territorios” —pronunciación, morfología, vocabulario—: es aquí y sólo aquí donde todo recobra sentido. El “pensamiento idiomático”, bifurcado en actitud provisional, se reúne en su mundo, en su único mundo: la proposición. Las “parcelas” en que se la divide pueden ser “divisiones”, trastrueque, ¿es por simple selección? Y cuando el Hablante mueve las teclas del Sistema con “un hábito” privativo de una circunstancia o por razón de una fuerza interior que le empuja, ¿es una actitud inconsciente? Y Cuando “echa mano” de formas ya cansadas” y las regresa a su vida actual, ¿podemos conformarnos con llamarlas “arcaísmos”, y dejar fuera aquello que brinda mayor importancia: su suceder?

No ha mucho tiempo, en un estudio sobre poesía española, Dámaso Alonso proponía para la investigación literaria —y señalaba con acierto los límites de ésta— dos nominaciones:



- a) Sintagmas progresivos,
- b) Sintagmas no progresivos.

Las razones que justifican su empleo en “búsqueda estilística” quedan colmadas. Comprendí, entonces, qué realización tendrían en el territorio de la sintaxis. Al entrar como nueva “nomenclatura” –llena de sentido y posibilidades– produciría luz, no sospechada, en la enseñanza de las lenguas modernas –en especial las románicas–. Remito al Profesor de Lenguas Modernas a este ensayo.

- e) En el territorio de la Literatura

Si todos los materiales anotados conducen a una Gramática llena de sentido y destino –en movimiento, como está la Lengua–, esta Gramática, a su vez, desemboca en la “interpretación” –dentro de su marco– literaria. Pues, no se concibe un conocimiento de Lengua desgajado de un conocimiento literario: literatura de ayer, de anteayer, de hoy. Como no se concibe un conocimiento literario sin uno de lengua. No haber tenido conciencia –notar y sentir– de ello, implica la existencia de textos escolares de Literatura preñados de “dislates” y de juicios inesperados. Se podría escoger unos cinco textos, como matriz, y observar que todos los demás –en número infinito– se nutren de los primeros: en errores externos e internos. Sería muy fácil perseguir la “procedencia” de un texto de literatura dado.

¿Quién ignora esos textos que se pierden en la vida del autor –con pelos y señales– y en última instancia nos enumeran las obras, con sus

argumentos? ¿Y aquellos otros que suponen la obra literaria como una “historia”: buscan sus relaciones con el ambiente y olvidan la “creación”: obra única, individual y sujeta a un tiempo “estético-idiomático”? ¿Y los que clasifican, a pie juntillas los géneros en casilleros cerrados, por ignorar que no hay particiones –aquí ocurre el mismo caso que en la categoría gramatical– [Cf. para esto Croce, Vossler, Spitzer, A. Alonso, H. Hatfeld, D. Alonso, a quienes tanto debemos para bien de la obra literaria]? ¿Y las corrientes políticas en sus “maneras” de ver un período literario o una obra particular, con su conocido estribillo: obra burguesa, capitalista, proletaria; como si la obra literaria llevara una etiqueta de partido? ¿Y qué decir de sus juicios: ramplones, ignorantes y de vez en vez temerosos? ¿Y las particiones: literatura simbolista, realista, surrealista, impresionismo, llevadas a una interpretación lingüística, por creer que la “nominación de una escuela literaria” –acto “gratuito” – es igual a los “medios idiomáticos de expresión” [Cf. para eso A. Alonso]?

Todo ello, reclama revisión. Y la habrá: para bien de la Gramática y de la Literatura: que son porciones interesantes en la vida del Hombre, su estar viviendo.

#### IV

#### CONCLUSIONES:

Vivimos en una época fecunda en “fosilizaciones expresivas”. Apretujados por series de “proposiciones llaves”, vamos reduciendo nuestros medios de comunicación: seria, literaria, sencilla o poética. Porque también está reducida



nuestra “expresión interior”.

Si recordamos lo dicho en el apartado c) y lo sometemos a una crítica exhaustiva, dispondremos de datos para juzgar el hombre “por de dentro” y “por de fuera”. Esta simultaneidad entre lo “dicho” y lo “pensado” [Leo Spitzer, hace años, nos dio la pauta a seguir], es un instante que nos “espera para interrogarlo”. Es un “conocer” provechoso para entrar en nuestro tiempo y si no podemos “interpretarlo”, por lo menos llegaremos a “saberlo”.

Esta actitud pertenece a nuestras “obligaciones”: perseguir las formas, —las que quedan, las que entran, las que se interfieren y las que se duermen—, con su “por de dentro”, y en esa persecución, henchida de “sentir y notar”, habremos dicho a los demás qué “ocurre en el mundo” en el espíritu, en “nuestro estar en el mundo”, en nuestra cultura...

Boston, Massachusetts, diciembre, 1952.